

La universidad de los mercados

La educación superior como factor de progreso y su financiación

Antonio Arias Rodríguez
Síndico de Cuentas del Principado de Asturias



Hace unos días, charlando con un joven y brillante ejecutivo, le pregunté por las características mínimas que debía tener una región para que la multinacional donde trabaja se plantease abrir un nuevo centro productivo. Su respuesta: un aeropuerto, una buena red de comunicaciones (físicas y digitales), un sistema legal que funcione, así como una universidad que garantice un número anual de graduados, sobre todo en ingenierías.

La festividad universitaria de Santo Tomás de Aquino proporciona una magnífica ocasión para reflexionar sobre la situación actual y las perspectivas de educación superior, que se han vuelto imprescindibles. El patrón católico de los estudiantes se había doctorado en Teología por la Universidad de París, en aquel tranquilo mundo medieval donde ya intentaban competir con ella los centros de Bolonia, Oxford y Salamanca.

De entonces acá, la enseñanza superior ha vivido muchas transformaciones, aunque su esencia y estructura básica ha sobrevivido. Incluso cuando Francisco de Vitoria, a mediados del siglo XVI, comenzó la revolucionaria práctica de “dictar” en sus clases de la Universidad de Salamanca. El padre del Derecho Internacional permitía que los alumnos copiaran su conferencia, palabra por palabra. El Obispo de Ciudad Rodrigo llegó a acusar tanta modernidad de “estrager a los discípulos sus entendimientos” pues perjudicaba la memoria de los estudiantes que hasta entonces leían y repetían el texto de un libro: “lectio, disputatio y repetitio”. El mismo sistema con que aprendían los párvulos hasta hace medio siglo la tabla de multiplicar.

En España, consideramos la educación como un tipo de bien público que beneficia a toda la sociedad. También hablamos de la Universidad de masas por su gran expansión. Hasta la segunda guerra mundial había 500 universidades en el planeta. Hoy, son unas 10.000, de las cuales 83 son españolas: 50 de titularidad pública y 33 privadas. Apreciémoslas en lo que valen, que es mucho.

La Universidad española, con sus defectos, que sin duda tiene, apunta también virtudes y fortalezas. Ha sido decisiva para mejorar la calidad de vida de cada generación, desde hace siglos. Miramos con envidia el Ranking de Shanghai de las



500 “mejores” universidades del mundo donde, por ejemplo, el Reino Unido mantiene 38 instituciones, casi el triple de las españolas. Pero debemos recordar que la tercera universidad británica no se crea hasta 1829 (tras Oxford y Cambridge, en el medievo). España llevaba siglos con una decena de instituciones: Alcalá, Valladolid, Barcelona, Zaragoza, Santiago, Oviedo, Valencia, Sevilla, Granada, además de la pionera salmantina, que cumple este curso 800 años.

El ascensor social ya no funciona sin doble grado o un máster: la tecnología permite el acceso a todo el mundo, pero a costa de una mayor desigualdad

Pero del pasado nadie vive y las universidades tampoco. Los nuevos tiempos han traído la cultura de la calidad y de los costes así como la obsesión por la captación externa de recursos. Se cuestiona permanentemente la sostenibilidad de la institución universitaria, porque es asequible a cualquier bolsillo. Los cien euros al mes que cuesta nuestra matrícula no es el problema de las familias, créanme, sino que el ascensor social —estrella de otros momentos— ya no funciona por sí mismo sin cursar un doble grado o un máster, que parece la única opción para el empleo y cuestan miles de euros. Ese es el problema de las familias menos pudientes. Es el coste (en sentido económico y moral) de la generalización de la educación superior.

En diciembre pasado, la Oficina Nacional de Auditoría del Reino Unido hacía público un informe denominado “El mercado de la educación superior”. Allí, la financiación de la educación superior se basa totalmente en criterios de mercado: el ministerio abona directamente a la universidad la matrícula del alumno instrumentado en un préstamo (unos 9.000 millones de libras, este curso) que éste debe devolver cuando obtenga ingresos del trabajo y supere un determinado nivel de renta.

Al financiar al estudiante —no a la Universidad— buscaron configurar un verdadero mercado y que la competencia entre proveedores mejorase la calidad del producto y su relación con el precio. También que pague quien usa el servicio, aunque sea “en diferido”.

El modelo lleva décadas implantado en EE UU, donde está haciendo estragos entre las clases más populares pues condiciona el resto de sus vidas. En 2016, la Reserva Federal calculaba que, por este concepto, la deuda viva ascendía a 1,3 billones de dólares y afectaba a 42 millones de norteamericanos. Quizás por eso, la matrícula lleva tres cursos cayendo medio millón de estudiantes al año.

Los auditores británicos evidencian que dos tercios de los universitarios rechazaban la relación calidad-precio de los cursos (¡ 9.000 libras cada uno!) sin que se haya demostrado efectiva esa competencia entre

centros. Aunque admitían que un graduado gana, en promedio, un 42% más que quien no lo es, se trata de algo muy variable según las titulaciones, por lo que es importante “tomar una decisión informada”, dice el informe, pues la deuda promedio del estudiante inglés que termina su carrera es de 50.000 libras. Una pesada mochila que sólo compensa si les permite encontrar un buen trabajo. De no ser así, como consumidores, tendrán una legítima frustración, similar a la que padecieron en España los clientes de los bancos y cajas de ahorro con sus cláusulas suelo o sus participaciones preferentes. “Si este fuese un mercado financiero regulado, plantearíamos la cuestión de la venta fraudulenta”, concluyen los auditores. Para más coincidencia con el mercado, los últimos meses han aparecido escándalos en muchas universidades británicas cuyos máximos directivos estaban cobrando “incentivos anuales” cercanos al medio millón de libras anual.

Si estamos en un mercado universitario, entonces la primera regla hoy será la globalización. Los “baby-google” llegan a la universidad después de haber sido testigos directos del inmenso cambio tecnológico. Tenían 10 años cuando apareció el iPhone. Si quieren, podrán licenciarse sin necesidad de acercarse nunca a los profesores. Ni siquiera a un libro de texto, que siguen el modelo de Netflix.

Para ellos, el mercado compondrá una universidad a dos velocidades: un aprendizaje barato “en la nube”, a través de Internet donde serán tutelados por “boots” o profesores virtuales. Mientras tanto, como aquel régimen de alumno libre de los pobres en la posguerra española, los estudiantes más pudientes o más elitistas vivirán una experiencia plena, codeándose con los mejores académicos, pagando más por interactuar con ellos y vivir el campus tradicional. Es como volar en clase turista o en preferente. La tecnología ha permitido el acceso a todo el mundo pero a costa de una mayor desigualdad. Como dijo aquél: ¡es el mercado, estúpido!

Hace unas semanas, la revista norteamericana “Quartz” dedicaba una serie de cuatro artículos al futuro de la educación. Titulaba: “Es el final de la universidad tal como la conocemos”. Aunque el cambio no se sucederá tan rápidamente como pudiera esperarse, la globalización que se llevó nuestras minas... ¿se llevará también nuestras universidades? Echemos de menos aquellas clases que por cien euros al mes permitían levantar el brazo y preguntar. Feliz día de Santo Tomás.

El trasluz Campo libre



Juan José Millás

El mercado tiene mucho talento, pero carece de conciencia. De ahí que sea preciso establecer elementos correctores que suplan esa minusvalía. En caso contrario, aunque los beneficios empresariales se disparen, los salarios seguirán bajo mínimos. Esto es precisamente lo que ocurre en la actualidad, que la economía va bien para unos pocos, pero continúa mal para la mayoría. ¿Cómo actuar? Legislando. El problema es que para legislar hace falta un Gobierno. No un Gobierno excepcional, ni siquiera un gobierno con más inteligencia que el mercado. Bastaría con un gabinete de personas medianamente sensibles que se espantaran ante el galopante empobrecimiento de la clase media y la expulsión de los pobres hacia los márgenes del sistema. Gente normal, con sentido común, que cuando viera las aceras de las calles de su ciudad llenas de pobres dijera para sus adentros: esto no puede ser. Y no puede ser porque no puede ser. Porque la desigualdad, llevada al extremo, no es buena ni para los desiguales ni para los iguales.

Tampoco es una cuestión de izquierdas ni de derechas. Es un problema de sensatez. Tú hablas con cualquier persona con dos dedos de frente, sea de uno u otro partido, y estará de acuerdo en que es preciso, más que nunca, un reparto de la riqueza que evite la fractura social, cada vez más profunda. Ahora bien, al no haber directrices, el mercado actúa según su propia lógica y organiza los desperfectos que se encuentran a la vista de todos. ¿Qué hace el Gobierno aparente de Rajoy para fingir que se mueve? Pues envía a Celia Villalobos a la tele para decir una estupidez (lo de ahorrar dos euros al mes) que viene a ser como el hueso de plástico que arrojamos al perro para que nos deje en paz. Significa que llevamos ya dos o cuatro semanas royendo ese hueso que debería haberle costado el puesto a Villalobos. ¿Por qué no se lo cuesta? Por las mismas razones por las que no se introducen factores de corrección en la voracidad del mercado: porque no hay Gobierno. El asunto se arreglaría a medias si hubiera oposición, pero la oposición ni está ni se la espera. Significa que el mercado tiene todo el campo libre y, como es muy listo, lo aprovecha. Perra vida.